

esperimentar hácia nuestro Dios? ¡Ah! basta este solo acto de nuestra sacrosanta religion que se celebra diariamente en nuestros templos, es mas que suficiente la presencia de nuestro Dios en nuestros sagrarios para inspirarnos todo el respeto que debemos á las cosas santas para honrar á este Señor.

Además, H. M., debemos respetar las cosas santas que hallamos en el templo, en cuanto se refieren tambien á la santificacion de nuestras almas, y á ella nos conducen. Si el cristiano al penetrar en estos lugares de santificacion medita un momento siquiera sobre los sagrados y venerandos objetos que le rodean, él sin duda escucharia estas palabras que el Señor dirigió un día á su siervo Moisés en las faldas del Horeb, monte de Dios, que leemos en el Exodo: «Desata el calzado de tus pies; porque el lugar en que te hallas es tierra santa: *locus enim in quo stas, terra sancta est*; y escuchándolas comprenderia la reverencia con que habia de estar en la casa de su Dios, donde tantas cosas interesan su respeto y atencion hasta para su propia utilidad. Ora se ofrecen á su vista la fuente bautismal, donde ha sido regenerado de la culpa de origen y admitido al gremio de la Iglesia santa, incorporándose á este cuerpo místico de Jesucristo del que es ya miembro; ora descubre la cátedra sagrada, de donde parten luces de divina enseñanza que ilustran su inteligencia, y mueven suave y fuertemente su corazon para que «deteste el mal y ame, y practique sinceramente el bien, busque la paz y la siga sin vacilar,» y que le trazan sus altísimos deberes para con Dios, para consigo mismo y para con sus hermanos los hombres. Ya contempla la piscina saludable de la penitencia, mas consoladora y saludable que la de Betsaida, donde el sacerdote de Jesus es el ángel que mueve sus prodigiosas aguas para que produzcan la salud de todas las dolencias del espíritu, y le espera para perdonarle sus pecados y reconciliarle con Dios, como este

Señor esperó á la pecadora de Samaria junto al pozo de Jacob para «darla á beber aguas purísimas que saltan hasta la vida eterna.» Ya ve la mesa eucarística en la que el Señor, llevado de una caridad que la limitacion humana no comprende, ha querido quedarse con nosotros para que «su propia carne nos sirva de comida, y su misma sangre sea nuestra bebida,» de tal manera que «el que coma su carne, y beba su sangre esté en Jesucristo y Jesucristo esté en él.» ¡Ah! ciertamente que fijando nuestra atencion en estos objetos sagrados, y aun prescindiendo de tantos otros que nos llevan á altísimas y provechosas contemplaciones, habiamos de esclamar con David: «En verdad, Dios mio, recibimos tu misericordia en medio de tu templo: *suscepimus Deus misericordiam tuam in medio templi tui*; segun tu nombre grande y bendito, oh Dios nuestro, así tambien tu alabanza y reverencia hasta las estremidades de la tierra:» *sic et laus tua in fines terræ*.

Mas ¡ay! A. H. M., que lejos de consagrar á nuestro Dios, y á las cosas santas que sirven para su gloria y para nuestra santificacion en sus templos, el respeto que se merecen, se profanan todos los dias con impudente impiedad. Decidme y si no, ¿qué espíritu preside estas santas asambleas si hemos de juzgar por los actos exteriores de los cristianos que á ellos concurren? Se viene al templo, es verdad; pero se viene con los mismos trajes con que se asiste á los espectáculos del mundo, con el mismo lujo, con los mismos adornos con que las señoras cristianas concurren á los paseos y á los demás círculos de la sociedad. Se pasan algunas horas en el templo; pero con un espíritu distraído, que se revela en las miradas vagas, cuando no libres y pecaminosas, en las actitudes cómodas é inmodestas, en las risas y en las conversaciones inconvenientes á la «casa de Dios que es casa de oracion:» *domus mea, domus orationis vocabitur*; viniendo á ser la presencia de los fieles en el templo cuando

menos ociosa é inútil, si no culpable por las indiscreciones, la disipacion y las marcadas irreverencias que en él se cometen. Consecuencias de este espíritu irreverente son: los poquísimos frutos de la predicacion evangélica que se somete á la crítica, como si fuera predicacion de hombres, siendo palabra de Dios; la falta de respeto con que se oye el santo sacrificio de la misa sin atencion, sin meditar los venerandos misterios que en él se celebran; el alejamiento del tribunal de la penitencia, objeto de la mordacidad de los impíos, y de la indiferencia de los malos cristianos; las constantes y punibles irreverencias hechas al augusto sacramento de nuestros altares en que nuestro Señor Jesucristo se humilla, se anonada delante de su eterno Padre para ofrecerse en propiciacion por los pecados de los hombres; y los hombres en cambio se presentan ante Jesus sacramentado con aire arrogante y orgulloso.

En vista pues de todo esto, y de mucho mas que yo pudiera deciros, y que vosotros sabeis como yo ¿se cree tal vez que agradaremos á nuestra excelsa y bendita Madre María, sin respetar á nuestro Dios y á las cosas santas que á Dios se refieren? Los motivos de ese respeto, A. H. M., son harto poderosos y elevados para que dejen de interesar vuestros corazones, toda vez que están basados en las eminentes y divinas cualidades de Criador y Redentor de los hombres con que Dios se ofrece á nuestra consideracion; están basados en que todas las cosas santas que hallamos en nuestros templos, nos facilitan los medios conducentes para honrar á nuestro buen Dios, de quien todo lo hemos recibido, y para santificar nuestras almas, y por lo tanto todas esas cosas sagradas son dignas de nuestro respeto y veneracion.

Quiera Dios, A. H. que, persuadidos de estas importantes verdades, y sobreponiéndonos á nuestras grandes miserias, respetemos á nuestro Dios y le honremos, si no como los ángeles lo hacen en los cielos, atendida nuestra misera-

ble condicion de peregrinos en este valle de lágrimas, al menos como nos lo inspira la fe religiosa que profesamos, y acercándonos cuanto nos sea posible ayudados de la gracia, á la perfeccion con que la Santísima María lo respetó y lo honró sobre la tierra.

Vos, Madre mia, que tanto respetásteis á nuestro Dios sobre la tierra, y que tan perfectamente le adorais hoy en los cielos, enseñadnos ese respeto y esa profunda adoracion, puesto que sois nuestro modelo y nuestra Madre; y nosotros os imitaremos corriendo en pos del olor suave de vuestros ungüentos, aspirando el sagrado perfume de vuestros religiosos y purísimos sentimientos, de amor, de piedad y de santa devocion á nuestro Dios, y á todo aquello que se relaciona con Dios, á fin de que, despues «de haberle servido en santidad y en justicia por todos los dias de la vida presente,» le adoremos con Vos en la vida futura que es la verdadera vida, y que dura por los siglos de los siglos. Amen.